

La soledad de Ramiro Ledesma

POR FERNANDO GARCÍA DE CORTÁZAR

Al llegar el momento de su ruptura con Falange Española habitó una de esas situaciones que miden la calidad humana



ABC

[Ramiro Ledesma Ramos](#)

Al llegar el momento de su ruptura con **Falange Española**, y cuando resultó evidente que era imposible devolver su autonomía a las JONS, la organización creada con **Onésimo Redondo** en 1931, **Ramiro Ledesma Ramos** se enfrentó a una de esas situaciones que miden la calidad humana y la solidez de principios de un individuo. En la circunstancia de su derrota política y marginación, seguido por la lealtad de un puñado de compañeros, desairado por los insultos de sus antiguos camaradas - ¡cuánto debió lamentar **José Antonio Primo de Rivera** sus palabras, al enterarse del asesinato de Ramiro, tres semanas antes de su propio sacrificio!-, Ledesma habitó el ancho territorio de la soledad. Abandonada Falange, a comienzos de 1935, fracasada la experiencia del semanario «La Patria Libre», Ledesma era consciente de las condiciones en que se encontraba España, cuando todo apuntaba a una bipolarización brutal que llevaría a solventar las discrepancias ideológicas en el escenario de una Guerra Civil.

Al concluir esta, el joven intelectual zamorano fue ignorado por el régimen de Franco. Las palabras del fundador del nacionalsindicalismo cayeron en un silencio de ignominia. Su figura tuvo que ser recordada en emotivos y breves textos de sus amigos Santiago Montero Díaz o Emiliano Aguado. Su indispensable aportación al ideario del 18 de julio fue despreciada; su interesante labor de crítico de la actualidad intelectual europea en «**Revista de Occidente**» y «La Gaceta Literaria», sentenciada al

olvido. Sus obras completas, al contrario de lo que sucedió con jefes mucho menos dotados de inteligencia y currículum cultural, quedaron sin editar a lo largo de un régimen que le debía sus fundamentos ideológicos.

Ramiro Ledesma aún no había cumplido los treinta años cuando, en 1935, publicó una obra de singular empuje patriótico y de emocionante fuerza crítica. El «Discurso a las juventudes de España» era, en efecto, el testimonio de un hombre que, en 1931, en el momento decisivo de las vísperas republicanas, había abandonado su prometedora carrera académica para lanzarse a la lucha por la regeneración de la nación española. Cuatro años más tarde, al ser derrotado por **José Antonio**, lo que le preocupaba a Ledesma Ramos no era el final de su carrera política, sino el destino histórico de España en las circunstancias terribles que él mismo había pregonado y de las que, en una medida importante, podía sentirse responsable.

Había alimentado la intransigencia de una juventud revolucionaria y su rechazo al pacto con quienes consideraba enemigos íntimos de España y fuerzas dispuestas a destruirla. Ni los liberales esclerotizados, ni los comunistas lanzados a socavar la proyección espiritual del individuo, ni los separatistas decididos a romper la unidad nacional de cinco siglos merecían compasión alguna. **Ramiro Ledesma** no llamaba al diálogo, sino al combate abierto, implacable, para salvar España. Ese era el tono que correspondía al naufragio de la esperanza de encuentro entre todos los ciudadanos. Ese era el curso que conducía a la desembocadura trágica de 1936. La vida malograda de Ledesma Ramos tiene una dolorosa ejemplaridad, un significado existencial que se refiere a los sueños y pesadillas de una generación sometida a esa inmediatez del Apocalipsis que se tomó como base catastrófica y penitencial de un renacimiento.

En su retiro obligado, en el distanciamiento que proporcionaba saberse a solas ante la crisis de España, Ledesma escribió una reflexión densa y atormentada sobre lo que debía ser tarea de una juventud con sentido de patria. Asumir el pasado era la primera de las tareas, la de tomar conciencia de una dimensión nacional que se había manifestado en los siglos de plenitud imperial, en los instantes en que España fue portadora de la ortodoxia de la fe, en los momentos en que el pueblo español se supo transmisor de una cultura que había de poner al servicio de la redención de Occidente. Lo que llevaba, además, a plantear algo que, sin citar a su autor, habrían de repetir los falangistas del franquismo, diez años después de terminada la contienda: superar el enfrentamiento estéril entre una izquierda antinacional y un patriotismo inactual.

Superioridad moral

La segunda tarea era organizar a la juventud española, no para romper con la tradición ni jugar la carta de la frivolidad y el entusiasmo de verbena, sino para empuñar el destino de los españoles en un severo ejercicio de responsabilidad. La tercera era definir los objetivos de justicia social, de nacionalización de las masas, de creación de un Estado de todo el pueblo, de poner a España y sus valores esenciales en el lugar de la historia que les correspondía. En estos momentos en que tanto se habla de la superioridad moral de los más jóvenes, la llamada de **Ledesma Ramos** tiene, en su asunción del peligro, en su demanda de aceptación de la totalidad de la historia de España, una estatura intelectual y patriótica que ya querrían para sí algunos de los que parecen dispuestos a la jubilación anticipada de quienes construyeron el régimen de la Transición.

Ramiro Ledesma fue detenido al poco de iniciarse la **Guerra Civil**. «Cualquiera de los dos bandos me fusilará», comentó a sus amigos cuando estalló la contienda. Para sus adversarios, mucho más que para sus antiguos compañeros, continuaba siendo un líder, una fuerza inspiradora. Su vida era una existencia peligrosa, que había de incluirse en el atroz intercambio de sangre que se realizó en aquellos años. En la noche del 29 de octubre de 1936, en el cementerio de Aravaca, Ramiro Ledesma y [Ramiro de](#)

Maeztu, que, a pesar de sus diferencias en su lucha contra el régimen republicano siempre se habían admirado, se enfrentaron al pelotón de ejecución cogidos de la mano, dispuestos a entrar juntos en la eternidad. Hay momentos en que la muerte adquiere una solemne y dolorosa conciencia de sí misma. Hay momentos en que la muerte llega a una inagotable dignidad.